





# Pequeños restos de magia

Gabriella Campbell



**Gabriella Campbell**

**Pequeños restos  
de magia**

**Ediciones Lo Maravilloso**

©*Pequeños restos de magia*, Gabriella Campbell  
©de esta edición de 2021, Ediciones Lo Maravilloso  
©de la cubierta, Sam G. C.  
ISBN: 978-84-122897-5-6  
Impresión: PodiPrint

Todo lo que aquí contiene el texto pertenece a su autor. Si quieres copiarlo, plagiarlo, subirlo a una página de enlaces: piensa que esto tiene derechos de autor, que alguien ha invertido horas de esfuerzo y dedicación. Si te gusta, compra o recomienda. La cultura es libre, pero los escritores tenemos hambre.

Para Eva





## Capítulo 1:

# La aventura submarina de Ester

Ester se ahogaba.

Era verano y vacaciones, y eso es motivo de celebración para cualquier adolescente de dieciséis años, pero el verano terminaba y tal vez también la vida de Ester.

A Ester le gustaba teorizar, al igual que a su padre, que teorizaba para ganarse la vida. Pero ella elucubraba sobre asuntos muy diferentes y no solía probarlos en laboratorio.

Por ejemplo: tenía la teoría de que todas las historias son narraciones narcisistas, viajes del héroe donde solo nos centramos en una persona, en sus conflictos, dilemas y, finalmente, en lo que trae de regreso a la tribu. No se creía con derecho a tener una historia, a ser la heroína egotista que viaja. Tampoco tenía muy claro cuál era su tribu (¿podían ser dos gatos una tribu?).

Ester nunca se había sentido protagonista de nada. Tal vez por eso se estaba ahogando.

Una subteoría era que la culpa de todo era de su amigo Javier.

Todo era diferente antes, hacía años. Iba siempre con Javier a la heladería italiana de la esquina frente al paseo marítimo, la heladería italiana que regentaba un hombre antipático (nada italiano), que intentaba disimular su calva con una cortinilla grasienta; atendía junto

con su hija, la chica de pelo azul y lengua rápida que Ester quería ser de mayor. Antes de nada, acudían a espiar las novedades de la nevera grande: esos barcos de helado con frutas y chorretones de colores, esas copas de ensueño que no se podían permitir. Siempre suspiraban resignados y compraban un solo helado con dos bolas: *tutti frutti* y ron con pasas, una bola para cada uno.

Javier pedía helado de ron con pasas para hacerse el mayor, aunque Ester averiguó luego que el helado de ron con pasas llevaba poquísimos alcohol, que Javier podría haberse comido la bandeja entera de helado sin achisparse siquiera. Ella pedía el de *tutti frutti* porque en aquel entonces no le importaba lo que pensasen los demás. Ahora siempre pedía vainilla o chocolate, como hacían todas las chicas de su clase. En realidad quería probar el de *after eight*, pero eso ya no tenía mucha importancia, porque ahora Ester respiraba agua.

Después del helado, el paseo, la playa, venía la madre de Ester a buscarlos en su Ford Fiesta rojo, siempre ruidoso, apurado y polvoriento, siempre con arena en las costuras de la tapicería. A Ester le gustaba quitarse las chanclas en el coche, manchar más de arena. Su madre nunca decía nada, pero luego Ester comenzó a plantearse que tal vez su desconsideración, esa costumbre suya de no pensar cuando manchaba algo, podría ser parte del problema. De manera lógica y racional, sabía que una madre no se marchaba porque su hija no se limpiase bien los pies antes de entrar en un coche, del mismo modo que sabía que una madre no se marchaba solo porque su hija cerrase los ojos y lo deseara muy fuerte, pero el raciocinio y las emociones podían ser cosas muy distintas. En cualquier momento podía imaginar la silueta de su madre —delgada, limpia y pálida— en el entorno ajado del Fiesta.

Por aquel entonces, Javier y Ester iban a la playa y a comer helado todos los sábados. No había ni que preguntar: llegaban las cinco del sábado de verano, después de la siesta, sonaba el timbre y allí estaba Javier, reluciente de crema solar recién aplicada, oliendo a ese olor raro que tienen algunos chicos y que podría ser una mezcla de Nenuco, felicidad y sudor. Bajaban juntos las ocho calles contadas que conducían hasta el mar, ignorantes del privilegio de vivir tan

cerca de la playa, dando por sentado todo lo que Ester ya echaba tanto de menos. Ester luego se mudó al centro de la ciudad, a media hora de autobús de la playa, del mar, de las heladerías, de todo lo que aún importaba.

Pensaba mucho en aquel último verano con su madre y con Javier, cuando aún bajaban callejeando a la arena, a una zona sin urbanizar, libre de la sombra de los edificios altos en demanda de primera línea y de los ritmos machacones de los chiringuitos más cutres. Pensaba mucho en aquel último helado, que habían comido sin saber que ya nada sería igual. Al regreso del curso, Javier empezó a cambiar.

Y todo, todo había cambiado.

Dejó de llamarla y de responder a sus mensajes. Si tuviera que indicar un momento en que comenzó el alejamiento, Ester apuntaría a la mañana de un miércoles en que saludó a Javier y él no contestó. La primera vez pensó que era casualidad, pero a la tercera se dio cuenta de que Javier nunca respondía cuando estaba con sus amigos: con los chicos del equipo de fútbol y las chicas del Grupo de Nada. Ester las llamaba así porque participaban en todo, pero no parecían muy interesadas en nada, aparte de burlarse de cualquier objeto, animal o persona que no entrase en la definición de lo que estaba bien, definición que variaba cada semana. Las chicas del Grupo de Nada no eran muy amables con Ester. A veces, en el vestuario, le escondían la ropa y ella dedicaba largos ratos ansiosos a buscar un sujetador, un neceser o unos zapatos, mientras la profesora de gimnasia gritaba su nombre y le decía que se diese prisa. En esos momentos, Ester pensaba que explotaría de rabia, que mancharía con sus tripas los azulejos apagados de la pared celeste del vestuario.

Pero qué sentido tenía pensar en el año pasado, en un curso en que todo parecía confabulado para salir mal. Llegó verano, llegaron vacaciones y tal vez Javier despertó del hechizo en que lo había sumido el instituto. Volvieron a tener contacto.

La llamada fue corta, un jueves de calor y humedad. Fue una frase inesperada, al otro lado del teléfono antiguo que fue de su madre, uno rojo como en la película de Kubrick, donde marcabas metiendo el dedo en un número y girando con cuidado.

Ester a veces marcaba números en ese teléfono solo por gusto, sin llamar a nadie.

—He pensado que podríamos ir a la playa —dijo Javier, sobre el crepitar lejano de la línea. Ester tenía móvil, un Nokia negro y estilizado del que se sentía muy orgullosa, pero Javier nunca le había pedido su número.

Sorprendida por la propuesta, no supo qué contestar.

—A la playa del Embarcadero —insistió él—, ¿sabes la que te digo? Está más lejos, pero casi nunca hay nadie.

—Sí, claro. —Ester sonrió. Era la playa de siempre, la playa que solían compartir cuando aún comían helado juntos.

—¿Quedamos allí mañana a las cinco? ¿Y por qué no le dices a tu vecina que venga?

—¿A mi vecina? —Ester tuvo un vistazo mental de Carolina, de sus pecas y sus piernas.

—Sí, dile que se venga. Lo pasaremos bien.

¿Lo pasarían bien? Apenas tuvo tiempo de reaccionar. No hablaron mucho más: Javier insistió en quedar, Ester aceptó. Tras colgar la llamada, sintió que la ilusión inicial bajaba por su garganta y se aposentaba en su estómago, ácida. Javier era su amigo. Javier quería recuperar los buenos tiempos del pasado, los paseos y los chistes cómplices. ¿Por qué, entonces, era necesario que fuera Carolina?

La pregunta era retórica, pero Ester ya había aceptado. Entre sus herramientas personales no estaba la habilidad de decir que no; mucho menos la habilidad de echarse atrás ante un compromiso. Era chica de palabra. Había leído en una revista de psicología que los niños abandonados por sus padres a veces intentaban compensar ese abandono con una sensación férrea de compromiso. Ester quería compensar con sus promesas todas aquellas que no había cumplido su madre. O tal vez solo era idiota, noción a la que daba vueltas con frecuencia.

Carolina no era, con exactitud, su amiga, en el sentido puro e idealizado que Ester le daba a la palabra. Era más bien una vecina con la que hablaba de cuando en cuando y que además era compañera de clase. No le escondía nada en los vestuarios, pero tampoco la

ayudaba a buscar su sujetador. No reía las gracias de Vivi, cabecilla del Grupo de Nada, pero tampoco defendía a Ester. A veces iban de compras juntas, a veces charlaban sobre música y a veces Carolina le pedía los apuntes o le contaba qué había hecho ese fin de semana. Ester sabía que debía aprender a defenderse por sí misma, pero le habría gustado tener una aliada. Alguien fiel, como lo fue Javier cuando eran niños, como lo fue su madre antes de desaparecer. Como sus gatos, tal vez. Ester estaba convencida de que si su siamés, Lotus, conociese algún día a Vivi, le arrancaría los ojos. De manera asquerosa y *gore*, muy desagradable, peor que lo de sus tripas en la pared del vestuario. Lotus lo haría, aunque Vivi le pasase por las narices una lata de atún del bueno.

Consideró no avisar a su vecina; contar luego a Javier que Carolina estaba enferma, que tenía la regla (nadie hacía más preguntas si decías que tenías la regla), que no podía ir. Pero había tres razones por las que este plan no funcionaría: Javier podría enterarse con facilidad de que mentía; Javier pondría entonces una excusa para cancelar la cita y, lo más importante, Ester no sabía mentir.

Tenía la esperanza de que Carolina no quisiera acompañarla, que sacudiera la mano con desinterés y pusiera la cara que ponía cuando Ester sugería ver alguna película de serie B de hacía veinte años o le hablaba con entusiasmo de una novela de ciencia ficción, porque a veces a Ester se le olvidaba que sus gustos estaban demasiado influidos por su padre y que el resto de adolescentes de dieciséis años prefería hacer cosas más típicas de adolescentes de dieciséis años.

Recorrió los metros escasos que la separaban de la puerta de su vecina. Llamó con la esperanza de encontrar una Carolina desinteresada o ausente, pero no pasaron veinte segundos antes de que abriera, apenas vestida con un pareo vaporoso de colores pastel. Ester reconoció la tela: era el pareo que regalaban esa semana con la *Ragazza*.

Sonaba a todo volumen la voz febril de un DJ en la radio, pero, por lo demás, el apartamento parecía vacío. Carolina le ofreció pasar, pero Ester negó con la cabeza: quería terminar con esto, rápido.

—¿Te apetece ir mañana a la playa? Sería sobre las cinco, pero...

—¡Claro! —Carolina llevaba un chupa-chups en la mano y le pegó un lamido lánguido.

—Es en la playa del Embarcadero y...

—¿Viene alguien más?

Ester soltó un suspiro de resignación.

—Javier, de clase.

Carolina sonrió y chupó de nuevo el caramelo.

—¿Cogemos el autobús a las cuatro y media? Pero en la parada del 8, mejor. El 10 siempre tarda demasiado.

Ester asintió y dio media vuelta, sin despedirse. Los ojos de Carolina se habían abierto de un modo especial. Javier ya no era el chaval delgado y orejudo que Ester conoció de pequeña; ahora Javier hacía natación y fútbol, hablaba con las chicas del Grupo de Nada y su cabeza había crecido hasta igualar el volumen de sus orejas. Ester se sorprendía descubriendo miradas indescifrables en los ojos de sus compañeras cuando veían pasar a Javier, con ese andar tan característico suyo, casi de caballo, ese trote que se hundía en la tierra. Ester se tragó un resto escaso de ilusión: en este juego no le habían dejado ni realizar el primer lance. Todas las cartas eran de los demás y a ella solo le quedaban películas de directores que nadie conocía y novelas *cyberpunk* sobre un mundo ultraconectado por redes virtuales.

Ojalá vivir en un mundo así, pensó, donde solo tuvieras que encender tu ordenador para tener todos los amigos que pudieras desear, donde tú también pudieras ser quien siempre deseaste.

\*\*\*

El día siguiente llegó, por mucho que Ester no estuviera segura de que quisiera que llegase. Ya no callejearía hasta la playa con Javier: tuvo que caminar con su vecina hasta la parada de autobús y esperar de pie bajo la sombra exigua de una marquesina estrecha. Durante la media hora de viaje, mientras Carolina parloteaba en el asiento de plástico raspado junto a ella, casi olvidó sus temores. Dejaban atrás los pisos marrones y rectos, atrás quedaba la cacofonía de tráfico al

sol, y entraban en la zona de pueblo. Cruzaban junto a las casitas blancas de pescadores y los adosados más grandes de los turistas, esos que cobraban por una semana de alquiler más de lo que su padre ganaba en tres meses. Pasaron junto a un edificio rosado, con un balcón pintado de blanco brillante, y ella pestañeó, sorprendida.

—¿Esa casa no era azul? —preguntó a Carolina, interrumpiendo una retahíla de marcas de zapatos adecuados para la temporada de verano.

Carolina la miró sin entender. En los asientos a la derecha, un matrimonio mayor hablaba del arroz con crema de pulpo que habían probado en un restaurante cercano. Delante de Ester, una pareja jugaba con sus móviles, el juego de serpientes que se devoraban en la pantalla en negro sobre gris. Un niño correteaba por el pasillo, gritando algo irreconocible. Nadie decía nada de la casa rosada que Ester estaba segura, segurísima, de que antes era azul.

Pero esto era lo de siempre, ¿no? Esto de que las cosas cambiasen y que nadie más pareciera darse cuenta.

En la parada de destino, a tres pasos de un bar de cócteles que daba a la arena, esperaban los chicos. Javier no había venido solo y Ester lo odió por ello. Javier acudía con su amigo Daniel y Ester tardó en entender la mirada de este cuando las vio llegar. Era una mirada amarga, como de decepción.

Daniel era uno de esos chicos a los que la pubertad les llega de golpe, que se había hecho mayor frente a los ojos desconcertados de los jóvenes barbilampiños de su entorno. Parecía compensarlo con una personalidad grandilocuente, chabacana. Daniel usaba mucho la palabra *puta*. Todo era puta: tu puta madre, su puto padre; eso es una puta pasada. Hacía además comentarios inmensos sobre los cuerpos de todas las chicas a las que conocía y con las que se cruzaba. Rodeaba a Javier con el brazo, de manera casi posesiva, y Ester no pudo contener una sonrisa nerviosa.

Dejaron atrás el bar de cócteles, se descalzaron y aterrizaron en la arena, gruesa y ya caliente. Ester buscó arrepentimiento en la cara de Javier, alguna señal de disculpa por la encerrona, pero solo vio una capa gruesa de vacío. Miraba a Carolina y sonreía enseñando los dientes.

El mar estaba bravo y rugía en bienvenida, turquesa y marrón de arena revuelta. Extendieron las toallas con cuidado, a unos metros de la orilla hambrienta. Salieron de las mochilas los enseres habituales: las paletas y la pelota; los bocadillos envueltos en papel de plata; los cubos para enterrar en la orilla con las botellas de agua y sangría dentro. Ester examinó su cesta: ¿por qué había traído un libro, por qué estaba ahí su agenda? La invadió una alienación demasiado conocida: la sensación de no saber vivir como los demás.

Los chicos se quitaron la ropa, que quedó hecha un gurrúño junto a la bolsa nevera. Bajo las camisetas, Daniel parecía hecho de fibra compacta y vellosa; Javier lucía su cuerpo de natación con indiferencia orgullosa. Ester procuró alejar la vista, pero era difícil. Era admirable la proporción, la piel tensada sobre músculo. Javier se estiró y emitió un ruido de satisfacción. Se tamborileó con el puño en el pecho en uno de esos gestos de adolescente masculino que a Ester le parecían tan misteriosos como amenazadores.

Carolina se arrancó su vestido veraniego de prisa, como si quemara. Ester, con cuidado, dándole la espalda y mirando hacia el mar, se quitó la camiseta. Cuando se giró, se encontró con la expresión jocosa de Daniel.

—Ese bikini es una putada, niña —le dijo con una voz agresiva—. Con ese color fosforito se te ve desde la montaña. ¿Y qué es eso que llevas colgando? ¿Es para abrir mi corazón? —Río con una risa grande, expansiva.

«Espíritu de la escalera»: así llamaban los franceses a la respuesta perfecta que Ester sabía que tendría para Daniel unas horas más tarde. En aquel momento solo pudo articular un sonido raro, algo que no le pertenecía a ella, sino a un animal asustado. De todas las fieras del bosque, los chicos adolescentes eran las más aterradoras. Sin pensar, agarró su colgante con las manos, como si lo protegiera. Era una llave, pequeña y de plata. Tal vez tendría que haberla dejado en casa. Mostrarla al mundo a veces le parecía una acción exhibicionista, como si llevase todas sus vulnerabilidades expuestas en carteles.

Y el bikini verde no ayudaba. En el probador le había parecido poderoso: atrevido, pero lleno de confianza y gloria. Esa sensación de



probador se desinfló en cuanto asomó al mundo, como un globo pinchado, verde y demasiado flúor para la realidad.

Daniel no le quitaba ojo, pero era una mirada algo decepcionada, resignada tal vez: ¿tampoco sabía él que serían cuatro esta tarde? ¿O tal vez esperaba otro tipo de chica? ¿Alguien con más confianza, con mejor cuerpo, con mejor cara, con mayor facilidad de palabra y un bikini menos cantoso?

(Y por esto todo, incluida la muerte probable por ahogamiento de Ester, podría ser culpa de Javier).

Daniel extrajo de su mochila de marca un pequeño transistor, que puso a todo volumen. Algo chirriante y repetitivo los atacó desde el altavoz, pero Daniel parecía encantado. Carolina rio y comenzó a bailar, demasiado rápido para la música, moviendo la cadera como si necesitara ir corriendo al baño. Javier la agarró por la cintura. Daniel intentó tomar la mano de Ester y esta la retiró deprisa, demasiado rápido.

—No muerdo —dijo Daniel, con una risa fácil.

—Que no te engañe —dijo Javier, cómplice—. Sí que muerde, si se lo pides con cariño.

Ambos se carcajearon, como si el comentario fuese lo más ingenioso que hubieran escuchado nunca. Javier rodeó a Carolina con el brazo, cubrió con su mano grande y morena el hombro de ella, salpicado de pecas. Carolina también tenía pecas en la cara, pero eran de esas pecas escasas y bonitas que ves en las modelos de bañador en los anuncios.

Hablaron del estado del mar, que se encrespaba junto a ellos, pero parecía calmarse unos metros allá. No había banderas, ni puestos de socorrista. La playa estaba desierta, excepto por un grupo de surfistas a lo lejos, que cruzaban las olas sobre tablas tan fosforitas como el bikini de Ester, y una pareja que bebía mojitos en la terraza del bar de cócteles, con la piel rojiza y ojos felices de adictos al sol y al ron.

—Esta playa es la mejor —dijo Javier—. Ester y yo veníamos aquí todos los veranos, ¿verdad?

Durante un instante, Ester sintió la conexión, la amistad que la había unido a Javier tanto tiempo. Pero Javier miraba a Carolina

mientras hablaba. Carolina estiró los brazos y luego los colocó en jarra, girando la cintura con gracia. Llevaba del cuello un cordel dorado y muy fino que le colgaba hasta el ombligo.

—Está bien, está bien —dijo Daniel—, pero la de La Marina está mucho mejor. Allí la arena —cogió un puñado entre sus manos— es como pan rallado. ¡Pan rallado parece, tía! —Se la enseñó a Ester—. No es como esta, que tiene como piedrecillas. ¡Mira!

Ella asintió, sin saber qué responder. Sí, la arena era aquí más gruesa que en La Marina. Y La Marina estaba llena de grupos de chavales con botellas de vodka barato y todo apestaba a hachís, y hacían barbacoas y la arena esa de pan rallado estaba gris de ceniza, salpicada de la basura que el ayuntamiento se afanaba en recoger todas las mañanas.

Javier tomó entre dos dedos un mechón de Carolina.

—Me gusta tu pelo —dijo y sonrió.

Ester pensó que, aunque Carolina tenía muchas partes hermosas, su pelo era su cualidad menos llamativa. Ella lo sabía: se hacía tratamientos de todo tipo, pero su cabello era muy lacio y de un color rubio apagado. Era el tipo de pelo que con los años sería cada vez más escaso y quebradizo. Se odió por pensar eso, aunque no demasiado. Carolina parecía indiferente a la incomodidad de Ester, indiferente a la amistad perdida con Javier o a los comentarios de Daniel.

Pero su vecina se mostró contenta con el cumplido y emitió una risa aguda. Javier acarició un nuevo mechón, luego le bajó la mano por el cuello, sin disimulo. Ester dio un respingo: de repente la mano de Daniel estaba en su hombro, y él sonreía como el perro de su tía cuando se acercaba a una perra en celo. Ester registró su archivo de fantasías sexuales y confirmó que en ningún lado estaba la idea de ver a su amigo de la infancia morrarse con su vecina mientras ella intentaba detener los avances de Daniel.

¿Se sentía celosa? ¿Habría preferido ser ella Carolina, recibir las atenciones de Javier? Se sacudió el pensamiento. Ahora mismo no había nada seductor en aquella situación. Notó cierta pesadez en la boca del estómago y unas ganas inesperadas de llorar.

—Me voy al agua —dijo. Se puso en pie.

—Voy contigo —dijo Daniel, pero lo dijo sin entusiasmo, con un tono casi obligado.

—No, no hace falta. —Ester habló rápido, sin girarse. Anduvo deprisa, lo más que podía sin correr. Unos metros adelante se atrevió a echar una mirada atrás. Javier y Carolina estaban cogidos ya de la mano, y Daniel oteaba el mar con gesto huraño.

La sensación fría y limpia del agua en sus pies la tranquilizó un poco. Junto a la orilla, se giró de nuevo para observar a Javier y a Carolina, que se besaban con pasión mal contenida. Daniel se inspeccionaba las uñas de los pies con enfado. Si Ester hubiese creído en Dios, habría rezado con fuerza para que Daniel no decidiera levantarse e ir tras ella. Pero Daniel no parecía tan interesado y por medio segundo Ester se sintió desilusionada. ¿Acaso ella no merecía las mismas atenciones que Carolina? Todas esas revistas y programas de la tele que le decían que era perfecta, hermosa en su esencia femenina y glamurosa, ¿acaso mentían? Tal vez era injusta con Daniel. Con toda seguridad lo era, pero vislumbró la mano del chico en la suya, apretada como las de Carolina y Javier, y la invadió una repulsión profunda.

Siempre le quedaba la opción del mar, la huida hacia delante. Avanzó con cuidado, hasta que el agua le cubrió los tobillos, luego las rodillas. Las olas llegaban con fuerza y la espuma la empapó entera. La ausencia de banderas no la preocupaba: Ester sabía nadar y no era la primera vez que se enfrentaba al mar encabritado. Entre olas mucho peores que aquellas había jugado desde niña. Se giró una vez más, pero ignoró las figuras lejanas de sus compañeros. Tras ella, a lo lejos, vigilaba la casa en tono rosado que tantas veces había contemplado (¿pero no era azul?), esa casa que era más alta que las demás y que tenía dos puertas de entrada con sus dos escaleras curvas y desordenadas, una justo encima de la otra. Miró su tejado a dos aguas y la chimenea doble. Por un instante le pareció que las líneas que marcaban los perfiles de la casa no eran rectas. Por un momento se oscurecieron, se emborronaron como marcas negras de un niño sobre el papel. Y junto a la casa le pareció ver algo: una sombra cuadrúpeda y leve.

La luz volvió de súbito: el sol asomó de detrás de una nube engañosa. Parpadeó y todo parecía regresar a la normalidad, libre de

sugestiones extrañas. Ester avanzó en el agua blanca de espuma. Superó las olas de la orilla con facilidad y nadó mar adentro. A cierta distancia, bajo la sombrilla azul mal desplegada, Javier intentaba desabrochar el bikini de Carolina, ese bikini rojo con topos blancos que Ester había visto ya en su terraza, cuando se extendía con gesto concentrado sobre una tumbona de plástico y una toalla suave.

Daniel había desaparecido y Ester recorrió la orilla con la mirada, temerosa de que la hubiera seguido. Braceó nerviosa, sin llegar a encontrar del todo la calma que solía asociar con el mar. Se sumergió bajo el agua y se atrevió a abrir los ojos. Al salir, comenzaron a escoger con fuerza y los restregó, arrepentida. Descubrió que se había alejado más de lo esperado. Recordó las palabras de aviso de su abuela sobre la resaca del mar y decidió emprender la vuelta. Las olas crecían conforme se dirigía a ellas, cada vez más poderosas y blancas, cada vez más colosales. ¿Cómo habían crecido tanto en apenas unos minutos? Pero tal vez no eran minutos: allí, en la inmensidad del agua, Ester sentía que podía perderse y el tiempo se perdía con ella.

Cuando llegaba a la orilla aún pensaba que podría con las olas. Apenas quedaban dos o tres metros, o eso calculaba. Arriba, un avión lejano atravesaba el cielo como un lunar ruidoso en un lienzo de piel celeste. Pensó en sus visitas a la playa con su madre; recordaba sus ojos verdes como nada más en el mundo. Su madre hablaba poco, siempre parecía distraída. Pero el tacto de su mano, de la palma que conducía sus pasos sobre la arena... quién podía olvidar eso. Pensaba en esa mano y en la mirada de su madre y en el bikini a topos de Carolina cuando la primera ola la cubrió. Sospechó enseguida que no conseguiría salir a la superficie, que pertenecía ya a la espuma.

Ester abrió los brazos e intentó abrirse paso. Pegó una patada con fuerza, pero una nueva ola la sumergió, arrastró piernas y brazos y la aplastó contra la arena y las conchas del fondo. Apoyó las rodillas, las raspó contra restos incómodos de piedra y nácar, e intentó subir, alzarse, pero la presión del agua la arrastró. Sacudida como una muñeca de trapo, pensó en el cuento de Andersen, en las sirenas que morían sin alma, convertidas en el blanco burbujeante del mar. Siempre había temido ahogarse, siempre temía formas dolorosas de morir,

del mismo modo que temía a todo. Apenas habían pasado unos segundos, pero Ester ya se ahogaba. El aire había escapado de sus pulmones y la ansiedad le aplastaba el pecho. Corrientes de fuerza inesperada jugaban con ella y la empujaban al lecho del mar.

Y la angustia estaba allí, la necesidad de oxígeno era urgente, pero de alguna forma no importaba. Su mente estaba dividida en dos secciones: la parte de su cerebro que sabía que iba a morir y aquella a la que, en realidad, no le importaba. Esta era la parte escondida, secreta, para la que la muerte era un descanso insólito.

No más miedo. No más añoranza. No más culpa. No más carolinas ni el aburrimiento de ser invisible. La cadena de plata se le había enredado en el pelo y ahora la llave bailaba contra su mejilla, como si insistiese en algo.

¿Dónde estaba el famoso instinto de supervivencia? Pensó en Javier mientras la siguiente ola la arrastraba y volvía a impedirle escapar. ¿Cómo podían estar ahora tan tranquilos, besándose, cuando Ester no podía respirar, cuando Ester se rendía a lo inevitable?

Una presión insoportable le aplastaba el pecho. Tomó un nuevo aliento repleto de agua. No vio pasar toda su vida delante de sus ojos: prefería olvidar la parte dolorosa, durante los últimos cuatro o cinco años, los años en los que no había estado su madre. Tampoco quería ver nada: no conseguía traer recuerdos al presente que no estuvieran teñidos de vergüenza, de decepción. Los pulmones parecían a punto de explotar, la garganta ardía. Cerró los ojos, llenos de sal. Un pensamiento horrible se coló por su mente: ¿qué pasaría con sus gatos? ¿Podía fiarse de su padre, de Maribel, para cuidarlos? ¿O regresarían a la vida vagabunda donde los encontró? Y algo sólido agarró su brazo y la extrajo del agua, de la culpa y de los recuerdos que no quería. Por un segundo de delirio creyó que un caballo pardo, grande y altivo, la salvaba de sí misma. Su cuerpo chilló de puro gozo, el aire entró potente y doloroso, pero su mente parecía lamentarse, como si le hubieran estropeado un plan perfecto.

Y Ester ya estaba fuera del agua, inhalando oxígeno como si no hubiera un mañana.



## Capítulo 2:

# Un público felino

Ya en la orilla, figuras lóbregas tapaban el sol. Ester procuró enfocar su vista irritada, y distinguió cuerpos morenos y desnudos. Aún creía que las sombras unidas eran caballos, mensajeros equinos de un más allá desconcertante, pero no estaban desnudos ni eran caballos: llevaban bañadores oscuros, o de colores oscurecidos por el agua. Boqueó y aspiró de nuevo, disfrutando del ardor del oxígeno que entraba. Uno de los cuerpos la sujetaba; era un cuerpo fuerte y tatuado. Llevaba el cabello recogido en una trenza larga y reseca de sal. A Ester le pareció que le decía algo, pero no sabía muy bien el qué. Intentó leer sus labios; uno de sus oídos se despejó con un *plop* molesto y oyó la pregunta que se repetía:

—Chica, ¿estás bien?

—Niña, ¿estás bien?

La mirada de los surfistas se cerraba sobre ella: le pareció que sus voces rebotaban sobre la arena mojada de la orilla. Se sintió diminuta entre el poderío del agua que aún rugía a su espalda y la mano férrea del hombre de bañador oscuro, que aún agarraba su brazo. Todos llevaban sus tablas de surf viejas, usadas, grandes, en aquellos tonos tan flúor como el bikini de Ester. Y descubrió con horror que era ella la que estaba desnuda. La parte superior del dos piezas verde ahora

colgaba bajo su pecho descubierto. El nudo de las tiras debió de fallar y Ester prometió no ponerse nunca más un bikini de tirantes al cuello. Ni un bikini, ahora que lo pensaba.

Se tapó el pecho como pudo; se sentía ridícula ante ellos por su pecho minúsculo y por dar tanta importancia a su pecho minúsculo cuando le acababan de salvar la vida. Intentó asimilar eso durante unos segundos: le acababan de salvar la vida.

—Gracias —consiguió murmurar, pero era incapaz de levantar la vista y mirar a su salvador. Solo pudo agitar el brazo y soltarse, echar a correr en una dirección que esperaba que fuera la adecuada.

¿Sentía liberación por seguir viva? ¿O era cierta decepción, cierta fatiga por tener ahora que volver al mundo de siempre? De nuevo intentó atarse la cinta del bikini. Se preguntó si era lícito sentir vergüenza de sus tetas cuando apenas eran tetas. Odiaba la sensación incómoda de estar a medio hacer, de no haber crecido del todo. Sabía que no era una sensación inteligente ni provechosa, pero una parte en ella siempre susurraba con maldad que Ester fallaba incluso en lo biológico, en lo más básico.

Dejó la orilla atrás. Los pies ardieron sobre la arena seca, pero era algo secundario, algo complementario a la humillación, en una mente bloqueada por no sabía qué. Corrió mientras oía palabras sueltas, gritos de los surfistas. Pero no hablaban de ella; hablaban de algo raro que no tenía nada que ver. Uno la llamaba, pero ella no se volvió. Le pareció escuchar, de fondo, como un murmullo en la parte trasera de su cabeza: uno le preguntaba si había visto al gato, que dónde estaba el gato, que si era suyo el gato. ¿Gato, qué gato?

Ester tenía dos gatos: Lotus y Sammy, y asumía que en aquellos momentos ambos estaban aprovechando la sombra de la terraza; tal vez Lotus estuviera subido a la barandilla del balcón, ojeando a algún pájaro despistado. Pensó que ni a Lotus ni a Sammy les importaría que se cayese su bikini, que no la juzgarían por ser tan estúpida con Javier y con aquello de casi ahogarse, y eso le proporcionó un alivio momentáneo.

Llegó a la altura de Javier y Carolina, de las personas que no fueron a salvarla, que ni siquiera sabían que estaba en peligro (¿pero y si



lo habían visto y aun así decidieron no ayudar? Sabía que eso era imposible, pero la ira no la dejaba pensar con claridad). Seguían perdidos en su mundo pequeño y cerrado, solo para ellos, una boca pegada sobre otra y la mano de Javier, exploradora, intentando colarse bajo la tela del bikini de Carolina. Ester carraspeó para llamar su atención.

—¿Daniel se ha ido? —Apenas le salía la voz de la garganta. Tuvo que repetir la pregunta—: ¿Daniel se ha ido?

Javier se encogió de hombros. Parecía molesto.

—Lo llamaron unos amigos. Fue en busca de arenas mejores. —Dejó escapar una risotada, pero era agria. Ester se preguntó si se sentía culpable por haber espantado a Daniel, o si estaba enfadado con ella, también por haber espantado a Daniel.

—¿Qué hablabas con esos surfistas? —dijo Carolina, señalando con la barbilla en dirección a los salvadores de Ester—. Están buenísimos, nena.

Ester se encogió de hombros a su vez, anonadada por que su vecina hubiera visto ese momento en vez de los que realmente importaban. A Carolina le faltaba relamerse. Se giró con cuidado para volver a mirar a los surfistas, sus cuerpos bronceados y tallados. Con estupefacción, contempló el gesto indiferente de Javier y la mirada conspiratoria de Carolina. ¿En serio pensaban que se había parado a hablar con ellos para ligar? ¿De verdad no habían visto qué había pasado?

El estómago le dio un vuelco y algo desagradable le subió por la garganta. Antes de darse cuenta siquiera, vomitaba agua salada y bilis sobre la toalla de Javier. Total, ya no le quedaba nada más de lo que avergonzarse.

—¡Pero qué...! —gritó Carolina; se alejó de la toalla de un brinco.

—Ester, ¿estás bien? —dijo Javier. Le pareció por un segundo ver en su mirada cierta preocupación, un recuerdo lejano del viejo Javier, de su amigo. Pero desapareció con rapidez. Enseguida regresó el gesto enfadado de alguien a quien le estaban arruinando los planes.

Ester agarró su propia toalla y se limpió como pudo. Se abrazó a su mochila, resistiendo las ganas de llorar.

—Lo siento, me tengo que ir —dijo y se puso en pie—. Me vuelvo a casa.

—¿Ya? —dijo Carolina—. Pero pensé que nos quedaríamos hasta las...

—Quédate tú si quieres —dijo Ester, aunque por alguna razón la idea de volver sola en el autobús la aterraba—. Yo me marcho.

El gesto de Carolina se arrugó en una mueca fea.

—Si mi madre te ve llegar sin mí, me hará la vida imposible luego.

Un pensamiento revelador se instaló en la cabeza de Ester. Tal vez la madre de Carolina no era la arpía que describía su hija. Tal vez era un ser humano racional que se preocupaba por el bienestar de su hija y no quería que anduviera sola por ahí con chicos a los que no conocía. Tal vez la inquina de Carolina no estuviera del todo justificada.

—Yo me marcho. Vosotros haced lo que queráis.

—Está bien, está bien —dijo Javier, con irritación evidente—. Espera por lo menos a que recojamos todo.

Hicieron una bola con la toalla sucia y la metieron en una bolsa de plástico. Guardaron el resto de los bártulos entre los tres. Daniel se había dejado la radio y Javier la metió sin comentarios en su mochila gris. En el bar de cócteles, una pareja nueva los miraba con desidia mientras sorbía sus mojitos, mojitos idénticos a los de la pareja anterior. Sentados a la misma mesa, esta pareja parecía una reposición de los de antes: ella llevaba el mismo pareo de flores y él tenía el mismo rostro quemado por el sol. Solo los diferenciaba la edad: estos bien podrían ser sus nietos. Ester miró atrás y los observó de nuevo. La invadió cierta desazón, eran demasiado similares. La mujer tenía el ceño fruncido, parecía confundida por algo. En la muñeca llevaba un reloj extraño, un diseño estrecho que Ester no había visto antes. En otras circunstancias, tal vez se habría acercado a preguntar.

\*\*\*

No tuvieron que esperar mucho al autobús, pero los cinco minutos de pie en la parada parecieron eternos. Javier había decidido

acompañar a Carolina en el trayecto de vuelta y ahora cuchicheaban entre sí, pegados el uno al otro; Carolina lanzaba miradas de resentimiento en la dirección de Ester. De nuevo la culpa se abalanzó sobre ella, pero luego recordó cómo era Carolina, con sus enfados rápidos e intensos que se desvanecían al cabo de unas horas, y decidió que lo mejor era mirar a otro lado, hacerse la tonta.

El viaje de regreso fue ruidoso e incómodo. El conductor, un hombre de nariz bulbosa, malhablado, conversaba a gritos con los pasajeros de su alrededor; algún cotilleo nuevo sobre la infanta Beatriz. Todos los demás buscaban los asientos del fondo. Carolina y Javier se mantuvieron a un par de asientos de Ester, que era muy consciente de que olía a vómito. De vez en cuando Carolina y Javier se manoseaban, se besaban, bajo el gesto desaprobador de una señora cercana, cargada de bolsas de supermercado y de un moño tan grande que parecía una segunda cabeza. Para Ester fue el viaje de autobús más largo de su vida. Junto a la ventana, el paisaje pasaba lento, demasiado lento. Cuando por fin se bajó del vehículo, a apenas unos metros de su casa, decidió que no contaría nada a su padre.

Tras una larga despedida de Javier, Carolina parloteó junto a Ester: el rencor había desaparecido a la velocidad esperada. Le habló de este nuevo interés amoroso: de sus manos, de su voz, de lo listo y gracioso que era. No le había preguntado por qué vomitó, ni sabía qué ocurrió con los surfistas. Ester fijó la vista en la distancia, sin energía para fingir interés. Dio un adiós abrupto y la dejó en la puerta. La cerró con fuerza, casi en las narices de Carolina y se arrepintió enseguida. ¿Qué pensaría, qué diría de ella, de Ester? Carolina tenía hoy razones de sobra para escribir el libro de *Cosas que Ester ha hecho mal* o tal vez una nueva entrega de la revista *Razones por las que Ester es rara*.

Si Carolina no tenía un hueco en su corazón para las rarezas de Ester, ¿habría alguien que lo tuviera? Pensó de nuevo en Javier, en la nostalgia y en la actualidad, y sintió que se endurecía, que aceptaba que ese pasado de paseo marítimo y sabores de helado no regresaría, al menos no con Javier. Intentó odiarlo, pero no le salió muy bien.

Sobre la mesa de la cocina había una nota manuscrita con letra redonda y muy pequeña. Era la letra de Maribel, la nueva secretaria

de su padre, a la que llamaba nueva aunque trabajaba para él desde hacía cuatro años, desde que su padre perdió a su secretaria anterior, la madre de Ester. La nota decía que su padre estaría trabajando hasta tarde, y que había canelones de ricotta y espinaca en la nevera; que también había tortilla de patata. Maribel no era una mujer cariñosa, pero Ester no podía negar que era eficiente. Sabía que la comida de las fiambreras no era de Maribel: serían de algún negocio de comida a domicilio, pero también sabía que alimentarla había sido idea de Maribel, nunca de su padre. Abrió el frigorífico y también había tres latas de refresco, cortesía de la mujer seca que ahora hacía las funciones de madre. Pese al rencor que eso le producía, no podía dejar de agradecer el detalle, sobre todo hoy.

Aunque pensaba que ya lo había decidido, regresó la duda de si debía contar lo ocurrido a su padre. Tal vez surgía la idea de alguna *sitcom* de esas donde los hijos contaban las cosas importantes a sus progenitores. ¿Pero era tan importante? Ester sentía que sí, que era transcendental, que de algún modo su vida había cambiado, pero luego se vio a sí misma desde fuera, con el bikini colgando, y sintió que para el resto del mundo era una situación irrelevante.

Así que decidió que haría lo que hacía siempre: se lo contaría a Lotus. Lotus y Sammy estaban en su dormitorio, sobre la cama, sobre la colcha lila y blanda, con el trasero de uno pegado al otro. Lotus era un gato siamés grisáceo, con la cola y el morro acabados en chocolate y ojos del color que tiene el hielo en los dibujos animados. Sammy era una gata persa de morro enfurruñado, grises mezclados y ojos del amarillo de las señales de tráfico.

Ambos rondaban el edificio cuando aparecieron Ester y su familia. La madre de Ester, resignada a que los animales eran tan dueños del territorio como ellos, los llevó al veterinario. Para sorpresa de todos, ambos animales ya estaban esterilizados y en buenas condiciones. El veterinario supuso que habrían pertenecido a los dueños anteriores de la vivienda. «Estas cosas no te las dicen cuando te enseñan la vivienda», suspiró el padre de Ester, y ella, sin pedirlo siquiera, recibió un regalo extraordinario: dos oyentes excepcionales. Antes escribía en un diario, pero las palabras visibles pueden ser descubiertas. Escondía

el diario en una vieja olla exprés que ya no funcionaba, pero el miedo a que sus secretos más íntimos salieran a la luz era demasiado fuerte y, en una tarde aburrida de domingo, destrozó la libreta, armada de tijeras y mucha paciencia.

Le contó todo el día de playa a Lotus, porque era el más despierto de los dos, aunque esta vez Sammy también parecía interesada. Al principio Ester se entristeció, porque le habría gustado tener una amiga a quien contarle algo así, alguien con quien reírse de las olas y del bikini y de Carolina y Javier. Alguien con quien reírse de los comentarios de Daniel. Lotus no contestaba ni se reía, pero tenía esa mirada de atención absoluta que tienen algunos siameses y era satisfactorio compartir lo ocurrido con él. Sentada en la cama, bajo el cartel luminoso que compró su madre en una ferretería en liquidación, el cartel que decía, con letras de alambre encendidas: «abierto», pudo por fin articular todo lo que había sentido, todo lo que había pasado, sin temor a que los ojos grandes de Lotus la juzgasen.

Cuando terminó, hizo todo lo demás. Dio vuelta a los bolsillos de su vestido playero, manchados de arena; vació la mochila; salió al balcón a sacudir la toalla.

En cuanto dejó la habitación, Ester ya no podía ver ni escuchar a Lotus y a Sammy, que se miraban, erguidos, sobre la cama.

—Esto no me gusta nada —gruñó Lotus, en un maullido siamés que se asemejaba lo bastante al idioma humano como para que Ester lo hubiese entendido de estar cerca. Sammy respiraba lento, de forma ruidosa, con el morro aplastado que le habían dado siglos de manipulación genética. No dijo nada, porque Sammy nunca decía nada. En este tipo de reflexiones, dependía de Lotus. Prefería dejar las observaciones evidentes a su compañero.

»Ha estado demasiado cerca. —Se volvió a extender sobre la cama. Procuró colocarse tal y como estaba antes, justo a tiempo para que entrase Ester y le pasara la mano por el lomo.

Ester subió esa mano por su cabeza y lo acarició tras la oreja.

En la habitación quieta solo se oían los coches, muy lejanos, de la calle; la respiración agitada de Ester; el carraspeo ronco de Sammy y el ronroneo acelerado de Lotus, el gato que Ester no sabía que hablaba.

